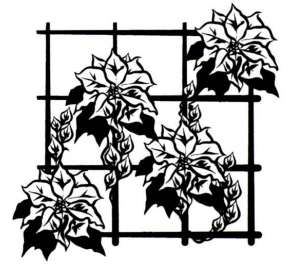


4.º domingo de Adviento C



¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá. (Lc 1,45)

Primera lectura

Miqueas 5,2-5a

Esto dice el Señor: Pero tú, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen es desde lo antiguo, de tiempo inmemorial. Los entrega hasta el tiempo en que la madre dé a luz, y el resto de sus hermanos retornarán a los hijos de Israel. En pie pastoreará con la fuerza del Señor, por el nombre glorioso del Señor su Dios. Habitarán tranquilos porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra, y ésta será nuestra paz.

Segunda lectura

Hebreos 10,5-10

Hermanos y hermanas: Cuando Cristo entró en el mundo dijo: Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: "Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad". Primero dice: No quieres ni aceptas sacrificios ni ofrendas, holocaustos ni víctimas expiatorias – que se ofrecen según la ley –. Después añade: Aquí estoy yo para hacer tu voluntad. Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Evangelio

Lucas 1,39-45

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías, y saludó a Isabel.

En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo, y dijo a voz en grito: – ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.
¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

Meditación

María se apresura a visitar su pariente Isabel que se halla encinta. El motivo está insinuado en el relato de la anunciación: Cuando María expone su dificultad ante el mensaje que ha escuchado – "Como será eso, pues no conozco varón?" – el ángel le responde de dos formas diferentes; por un lado le asegura que su hijo será efecto del Espíritu; y, por otro, le ofrece como prueba el signo de Isabel, que siendo anciana ha concebido. María acepta el signo sin dudarlo y se apresura a visitar a su pariente.

Por medio de esta escena el evangelio de san Lucas unifica desde el principio los destinos del Bautista y de Jesús, señalando al mismo tiempo sus grandes diferencias. Al recibir la visita de Jesús, ya concebido, Juan se alegra desde el vientre de su madre; su gozo ha condensado todo el gozo del auténtico Israel que exulta en la venida de su Cristo. Es semejante la relación que se establece entre las madres. Isabel, que continúa anclada en el antiguo testamento, glorifica a su pariente María, que, por medio de la fe, se ha convertido en comienzo de la nueva humanidad de los salvados.

Mejor que en ninguna escena puramente histórica, mejor que en ningún discurso de carácter teológico, se refleja en este cuadro de visita familiar y de alabanza todo el destino de Israel, que se ha centrado en Isabel y Juan, toda la gracia y la verdad de Jesucristo que se expresa ya en María, la creyente ("Dichosa tú porque has creído"). El parentesco es el reflejo de la unión de sus caminos: Isabel exalta la grandeza de María, Juan prepara la venida de Jesús; todos realizan la misma obra de Dios y han venido a encontrarse en el comienzo de sus vidas. Pero, dentro del parentesco, existe una diferencia fundamental. Isabel y Juan se encuentran del lado de acá, en el campo de la espera de los hombres. María, en cambio, pertenece al plano de la fe que Dios hace fecunda; Jesús es la presencia decisiva de Dios entre los hombres; por eso, siendo humanos, inauguran la verdad del reino.

Isabel es el símbolo del antiguo testamento que ha cumplido plenamente su camino. Igual que las antiguas madres de su pueblo, se nos dice que es estéril y es anciana. Cerrada en sus poderes, la historia de los hombres se halla seca. Pero Dios ha intervenido y la fecunda, Dios hace posible que en el vientre de Isabel nazca la vida. Juan, el fruto de su fecundidad, será la meta de todos los posibles caminos de los hombres. La historia de los hombres es incapaz de transponer este lindero. Al final de sus posibilidades está Isabel que prorrumpe en alabanza ante María, está el Bautista que se alegra por el Cristo.

La obra de Dios en María ha trascendido todos los caminos de los hombres. Aunque impulsado por Dios, el nacimiento de Juan era algo humano (es hijo de Isabel y Zacarías). La concepción de Jesús es diferente; las posibilidades humanas se han revelado insuficientes; por eso actúa el Espíritu Santo y por eso lo que nace es el mismo "Hijo de Dios" (Lc 1,35). Eso significa que la historia de Dios se ha introducido en nuestra historia, transformándola internamente.

En este contexto se entiende la alabanza de Isabel: María es dichosa por haber creído, es decir, porque ha dejado que el Espíritu de Dios se adueñe de su vida y la fecunde. Es "bendita entre las mujeres" porque en ella la fecundidad de toda nuestra historia, reflejada en la maternidad de la mujer, queda asumida en la misma "fecundidad de Dios que hace nacer al 'Hijo' en forma humana". Todo concluye en la "bendición del fruto de su vientre", es decir, en el misterio de una fe que se halla abierta hacia Jesús. Aquí termina todo el antiguo testamento; aquí comienza el mundo nuevo de la bendición de Dios, que se refleja en la respuesta de María: "Proclama mi alma la grandeza del Señor; se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador".